

El Clamor de una Madre

¿Hacia dónde iría el curso de mi vida, si mis experiencias me eran dolorosas y ricas a la vez? Era una de las interrogantes que no encontraban respuestas, a pesar de todo lo que ya les he contado. Sentía que algo me faltaba. Empezó a preocuparme la salud de mi hijo mayor. Se le estaba repitiendo un cuadro de amígdalas, adenoides y su pediatra, para no operar, recetó mantenerlo por un año con un comprimido diario de penicilina. No dio mayor resultado. Decidió entonces hacer solamente un raspado de adenoides. Vamos a vacunarlo primero, así no corremos el riesgo, dijo él. Lo inmunizaron y treinta días después lo operaron. Según el médico, todo estuvo muy bien. Fue solo un raspado. Dos meses más tarde se ordenó en todo el país una campaña de vacunación a los niños escolares; la vacuna Savín. Cuatro en uno: difteria, polio, sarampión y coqueluche. Recuerdo que eran dos dosis. Mi hijo estaba recién en kinder, y lo vacunaron. Para él esto fue muy contraproducente, debido a que ya había sido vacunado antes de hacerse el raspado de adenoides en el mes de febrero. Los virus, atenuados, se reactivaron declarándose un cuadro patológico que los pediatras, en ese entonces no pudieron controlar. Se le produjo una infección de ganglios del cuello, faringitis, laringitis y principio de polio, una fiebre altísima por sobre los 40°C. No podía tragar nada, comprometiéndose todas sus glándulas, incluso las parótidas. Gemía día y noche. Sus miembros, brazos y piernas, se recogían. No podía mirar a causa de la gran hinchazón del cuello, y cara, se agravaba cada día más. No dormía día ni noche. Hacía tres días que no hablaba. Pobrecito mi niño. Desgarraba el corazón verlo y se llenó de espanto mi corazón cuando el doctor dijo: Señora, tenemos que hospitalizarlo, la junta médica opina que no hay nada que hacer, sólo ponerlo en oxígeno. Voy a enviar la ambulancia a buscarlo. Quizás aun podamos ayudarlo. El estado de mi alma, el dolor con desencanto me cuesta aun describirlo. En el ambiente, en las miradas de todos se veía la muerte. Gemí de angustia; ¿Dios mío, sólo Tú puedes! ¿siento que ellos lo destruyen con sus drogas! ¿Mi Señor y Dios Todopoderoso, esta no es Tu ciencia verdadera! ¡No me lo quitarán! ¡No dejaré que lo hospitalicen! Sentí un anhelo de caer de rodillas y orar a Dios. Me sentí pequeña, desvalida. Tenía que hacerlo otra persona más fiel a Él que yo. En lugar de buscar al sacerdote, busqué una vecina que vivía al frente. Era evangélica. Vino, oró y presentó el caso de mi hijo y mi aflicción, y preguntó si era bueno que buscara otra medicina por medio de las hierbas naturales. Después rezamos el Padrenuestro. Estábamos de rodillas, ella a los pies de la cama y yo a su lado con la manito ardiente de mi hijo entre las mías. Como todo lo que tenía de fe y esperanza estaba ahora puesto en mi Dios, dije: Si Tú tienes otra medicina que sea tuya Señor, porque la que conozco y practico desahució a mi hijo, Tú aún lo tienes vivo, ¿Muéstrame mi Señor y prometo que te seré fiel? ¡Aprenderé y practicaré lo que Tú me enseñes! Yo misma me asombraba lo que estaba diciendo: humilde, quebrantada, le dije a este hijo mío, -“yo sé que usted escuchó lo que le dijimos a Dios”. No se esfuerce por hablar, ¿mueva su cabecita si quiere que lo llevemos a Santiago a un centro de Salud Natural? Cual no sería mi impresión y gozo, cuando él dio vuelta su cabeza, y tratando de mirarme y me habló. ¡Dios mío!, hacía tres días que no oíamos su voz. Dijo: ¡sí, llévame mamá! Trató de sentarse para que lo vistiera enseguida. ¡Ah, sólo Dios estaba contestando a través de él. Había que llevarlo, viajar cuanto antes; ahora mismo. ¡Gracias Señor! ¿Cómo lo haré? ¡No sé, pero Tú lo sabes! Preparé mi viaje a Santiago. Tratamos de conseguir pasaje en avión, pero estaban en huelga. Por tren no se podía porque había polio. Ningún enfermo niño podía viajar sin autorización médica, y ¿cómo podría yo hacerlo para conseguir la autorización si había cortado mis relaciones con ellos?. Había dejado plantado al pediatra, cuando él mismo vino en ambulancia a buscarlo, y le dije que no permitiría que se lo

llevaran. ¡Señora, por favor, no sabe usted lo que hace! ¡Aún creo que pueden haber posibilidades para él! había dicho. Que posibilidad si desde antes que naciera estuvo en las mejores manos médicas. Miren lo que han hecho. Se les muere. Y ahora lo quieren para conejillo de indias. ¡No! Cómo podría recurrir a ellos ahora. No sé como llegó un médico del barrio, lo miró y dijo, destápelo, agregó- todo lo que haga una madre tiene mi apoyo- y extendió el certificado, viajamos y llegamos a Santiago a pesar de las dificultades. La esposa de mi jefe de obras Sanitarias Elianita de Guzmán, era visitadora social de Ferrocarriles del Estado. Hizo todos los arreglos para viajar. Fueron largas horas de esperanza, mientras el niño se mantenía quietito, tratando de dormir. La verdad es que no recuerdo como llegué a Santiago y me fui a la consulta de Don Rafael Lezaeta Pérez Cotapo. Habíamos viajado los dos solos. Mi esposo había quedado tan desconcertado que me dejó decidir y hacer. El Dr. le había dicho a mi esposo, ¡Intervenga! El sólo respondió, ¡Ella es la madre! En la consulta, este profesional se negó en principio de atenderlo. Se impresionó tanto, que me dijo, lléveselo al Hospital, yo no puedo atenderlo. ¡Perplejidad a mi alma, pero yo creía! Por eso entendiendo que Dios me sostuvo: exclamé: ¡Cómo que no! Entonces usted es un charlatán mentiroso. Escribió en su libro que los tratamientos naturales pueden muchas veces levantar al postrado y aun dado por muerto. Mi niño todavía está en pié. Este caballero se puso rojo, y dijo: ¿tanta fe tiene señora? Si, Dios me envía, no tema. Pase lo que pase, se que usted no es culpable. Él, solo dijo: ¿Cinco minutos para que aprenda lo que yo demoré 10 años! Ordenó unos paquetes al secretario. Tiene que llevarse a su hijo, usted misma lo tratará. Tratamiento 1.- En un tiesto disuelva con agua de limpiaplata cocida, una cantidad de esta tierra. Haga una masa, extendiéndola en un paño liso bien limpio, que abarque el cuerpo del niño. Ponga una cataplasma por la espalda, vientre, y pecho, el barro directo y frío a la piel. 2.- Sáquelo y cámbielo cada 3 0 4 horas. Pase un paño mojado en agua fría por todo el cuerpo. Envuélvalo. Cuide que no se enfríe, si baja la fiebre. 3.- Una hora después, vuelva a colocar el fajo de barro. Continúe así de día y de noche. ¡Como amasaba el barro en una fuente grande de greda, a veces no sentía mis brazos, corrían lágrimas de esperanzas en mis mejillas que me ayudaban a mojar la tierra: mientras oía decir a mi familia, pobrecita está como loca! Nosotros estábamos hospedados en casa del buen tío Gilberto, el que me trajo a Santiago, otra vez era mi auxilio. 4.- Déle a beber cada una hora una cucharada de la infusión o servido de esta hierba (limpiaplata). Prepare medio litro de agua de té. Si no puede tragar alimentos. Por ahora sólo jugo de frutas frescas. Juanito Antonio, mi hijo, estaba muy deshidratado, había perdido todo su peso y era huesitos y piel. ¡Oh!, Cómo resistió mi pequeño. Y cómo resistí yo. Sólo mi buen Señor y Dios. Sus ángeles que ahí velaban nos fortalecieron. A los tres días, aplicando tan sólo esta terapia, se diría que reaccionaba ya que estaba tragando con pajilla su jugo, bebía el té de hierba, y reclamaba la postura. Se enderezaba solo, cuando no estaba con el fajado de barro. Parte de su carita se veía mas desinflamada. No es sin lágrimas, emoción y gratitud que relato todo esto. Me costó mucho decidir para escribir estos hechos, pues hay que revivirlos. Es igualmente doloroso para un corazón quebrantado. No deseo transmitir dolor, sino esperanza, por eso debo relatarlos de la forma más real posible. Permítame continuar. La fiebre no bajaba, y la hinchazón se localizó en un solo lugar. Toda esta tremenda inflamación se manifestaba en un impresionante tumor blando en el cuello, en el lado izquierdo, con una zona rojiza en el centro. Era como mirar a un ser con dos cabezas. Él estaba muy inquieto. Ni él ni yo dormíamos. Era su enfermera día y noche. De pronto la temperatura llegó a 42°C. Llamé a Don Rafael. Al explicarle el cuadro, dijo, es una gran reacción. Frote con limón la cabeza y las piernas. Ponga un cintillo de barro en su cabeza y una cataplasma de fenogreco caliente sobre la

zona tumorada y roja. Déle líquido, y mantenga una ventana abierta, porque necesita mucho oxígeno, dijo. La noche del 5º día, como a las tres de la mañana, se durmió profundamente. Elenita, mi amiga que velaba esa noche conmigo, me dijo, duerme Bertita. Aprovecha el sueño del niño, yo lo cuido. Quise resistirme, pero era la primera vez después de tantos días y noches sin dormir. Cedí y dormí hasta que el sol de la mañana daba en mi cara a las 7 de la mañana. Salté asustada para ver a mi hijo que aún dormía. Estaba albo como un papel, helado sin fiebre. Parecía un muerto, pero yo sabía que no era así y dije: ¡Dios mío que has hecho!. Llamé a Elenita quien al verlo exclamó ¡Oh! El niño murió...No digas eso. Está vivo. Dame un espejo. No respiraba. Sin pulso aparente. Muy frío, sin embargo para mí no era el hielo de la muerte. Al palparlo me di cuenta que estaba todo mojado, su pijama y la cama con algo pegajoso y rojizo. ¡Oh! No tiene el tumor, se reventó!. Le limpié un poco. La última compresa de fenogreco estaba corrida y deshecha, mezclada con mucha materia. Juanito Antonio, hijo mío. Él no reaccionaba. Mi amiga lloraba. No llores. Déjame encontrarme. Dame el teléfono. Prepárame agua caliente de limpiaplata. Tráeme por favor paños y toallas chicas y ropa limpia. Llamé al Dr. Lezaeta y le conté rápidamente lo que sucedía. Alabado sea Dios dijo don Rafael. La felicito. No me felicite, le digo que está como muerto. No está muerto. Su hijo está operado en forma natural. Obsérvelo mejor. Haga todo lo que está haciendo. Paños caliente y espere. Una vez que reaccione prepare una bandeja con fruta y una lechada de almendras con un poquito de miel. No use azúcar por favor. Con mis ojos y mis sentidos muy abiertos, me acerqué a él. Esto era nuevo para mí. Empecé a aplicar los paños calientes y le fuimos limpiando. Yo sé que está vivo. Sí, tiene el aspecto de un operado, lánguido, pálido. ¡Señor, eres grande! De pronto me pareció que había respirado. Sí, respiraba y siguió respirando lentamente. Abrió sus ojitos y como si nada pasara, dijo, hola mamá, tengo hambre. No tenía que llorar. Como pude, dije, temblando de emoción, hola hijo mío. Dios te bendiga. Los demás todos lloraban. Elenita, su esposo, los niños. El milagro estaba hecho. La nueva medicina, la natural, se revelaba ante mí, impactando mi mente y mi espíritu y todo mi ser. Había pasado por la mejor de las Universidades del mundo, la Universidad del Dios Todopoderoso, que paso a paso mostró a la vida la lucha con la muerte y había triunfado LA VIDA. Algo más también había ocurrido. Había obtenido un diploma. ¡Ahora tenía que investigar y explicarme este milagro! Alabado sea Dios, quería gritar mi corazón. Yo era católica, pero no hubo rezos, ni santos. Sólo Dios Padre y Su naturaleza OBRANDO. Mi mente y corazón se llenó de profunda gratitud y se expresó así: ¡OH VIDA! Fue dulce amamantar tu vida hijo mío creciendo hermoso, mi delicia eras, cinco años apenas agonizando entre mis brazos y mi valor. El hilo de tu vida y la mía se iban cada día. No había ciencia, ¡impotencia brutal! Hervía tu cuerpo quemando el alma, secando los ojos. No bebía sangre el corazón en su agonía, florecieron a mis sienes canas de dolor. El saber del hombre limitado. ¡Dios! Tu mano es poderosa. No clamo a los dioses del Olimpo ¡Al Dios verdadero clamo! ¡Jehová Dios eterno! Muestra tu ciencia, seré fiel. ¡Cómo iluminaste! Lo natural era Tu ciencia. Es Tu ciencia aferrándonos a la vida. Luchando con la naturaleza, Siete días bastaron para glorificarte, deshaciendo la carcoma asesina. Sin huellas hoy, miro al hombre gozándome en Tu ciencia. Esta maravillosa experiencia trajo cambios radicales en mi vida, a mi hogar. Camb